

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI (B)
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
3 de junio de 2018
Ex 24, 3-8; Heb 9, 11-15; Mc 14, 12-16.22-26

Esta es la sangre de la alianza. En las tres lecturas, hermanos y hermanas, salían, estrechamente unidas, estas dos palabras: *sangre* y *alianza*. ¿Por qué la liturgia nos las presenta de una manera insistente en esta solemnidad de Corpus?

Antes de responder, necesitamos detenernos un momento en cada palabra. Todos sabemos qué es la *sangre*, este elemento líquido que recorre el organismo transportando todos los elementos necesarios para que el cuerpo pueda realizar sus funciones vitales: como respirar, alimentarse las células, defenderse de infecciones, etc. Todos sabemos cómo la pérdida de sangre debilita y su falta produce la muerte. De ahí que, para la Sagrada Escritura, la *sangre* sea considerada la sede de la vida, el principio vital. La sangre, pues, es la base necesaria de la vida. De modo que, tener sangre es tener vida y dar sangre es dar vida.

La otra palabra que salía en las tres lecturas era *alianza*. La palabra significa hacer un pacto, entre personas, entre grupos, entre estados,... En la Biblia, esta palabra sirve para expresar el pacto de Dios con su pueblo. Un pacto de amistad, de fidelidad, por el que Dios se compromete a conceder sus dones a su pueblo y el pueblo se compromete a ser fiel a Dios.

Esta es la sangre de la alianza. En las lecturas de hoy, tal como he dicho, encontramos unidos los dos conceptos: *sangre* y *alianza*. En el sentido de que la *sangre* sella la *alianza*, garantiza su validez. ¿Qué nos quiere enseñar la Palabra de Dios con esto?

La primera lectura, que nos situaba en el Antiguo Testamento, nos hablaba de la *alianza*, sellada con *sangre*, que Dios hizo en el desierto con el pueblo de Israel guiado por Moisés. Era la *sangre* de unas víctimas ofrecidas en sacrificio a Dios y que Dios había convertido en un medio de ratificación de la *alianza*. Desde aquel momento, Dios y el pueblo de Israel quedaban unidos; Israel devenía familia de Dios y se podía fiar de la protección divina. Esto pedía, también, la correspondencia del pueblo de Israel por medio de la obediencia a la voluntad de Dios. La *sangre* sellaba aquella alianza y testimoniaba que establecía una relación portadora de vida para los creyentes.

La segunda lectura, ya del Nuevo Testamento, explicaba lo que significaba la liturgia del día de la Expiación en el templo de Jerusalén cuando el gran sacerdote entraba en el tabernáculo, con *sangre* de las víctimas ofrecidas en sacrificio, y aspergía el interior, era una anticipación de lo que hizo Jesús ofrecerse en sacrificio. Su *cuerpo* sangrante clavado en la cruz y ofrecido a Dios Padre *por el Espíritu Santo*, purifica los pecados y santifica con una eficacia perpetua a los que lo acogen, y les ofrece una *herencia eterna* llena de vida. En él, por su *sangre*, se establece una *alianza* en plenitud con toda la humanidad. También esta nueva *alianza* pide la correspondencia, por parte del pueblo creyente, a la voluntad de Dios, la obediencia de la fe, es decir, someterse libremente y por amor a la Palabra que Dios nos ha dado.

El evangelio nos proclamaba la narración de la última cena de Jesús según el evangelio de San Marcos. Esta última cena anticipaba la muerte en cruz y comportaba, también de forma anticipada, la ratificación de la nueva *alianza* entre Dios y la humanidad. Al tomar el *cáliz*, Jesús se sirvió de las dos palabras que hemos ido

encontrando, *sangre* y *alianza* para decirnos qué es él por nosotros. La *sangre* derramada en la cruz y ofrecida como bebida en el vino consagrado del *cáliz*, nos dice que él nos da su vida para que nosotros tengamos vida en *el Espíritu Santo* ahora y por toda la eternidad. Esto pide que procuremos vivir con fidelidad a la Palabra del Evangelio y que trabajemos para hacer presente a nuestro alrededor la *alianza* y el dinamismo espiritual y social que ésta conlleva.

La Eucaristía que celebra la Iglesia es continuadora de aquella comida y de aquel sacrificio en la cruz. Jesús nos sigue dando su cuerpo y su *sangre*. Es el don que Dios ha preparado para su Iglesia (cf. Plegaria eucarística IV) y que, nosotros, acogemos con fe y con agradecimiento. En cada celebración de la Eucaristía, la Iglesia, *por el Espíritu Santo*, vuelve a hacer ofrenda pidiendo al Padre que reconozca la víctima que nos reconcilió consigo, Jesucristo (cf. Plegaria eucarística III). Con la recepción del *cuerpo* y *la sangre* eucarísticos, comulgamos con el misterio total de Cristo, muerto y resucitado mientras esperamos su regreso. En este sacramento, él nos da su vida y su amistad como garantía de su ayuda y de su salvación. Por eso, la Eucaristía es alimento para nuestra vida de ahora y prenda de la entrada en el Reino futuro. Todo esto es fruto de la *alianza* y de la solidaridad que Dios, por la cruz de Jesucristo, quiere establecer con la humanidad entera. Es una profundidad inmensa de amor que nos desborda.

La Eucaristía, que en el Corpus celebramos, agradecemos y contemplamos de una manera particular, es en el corazón de la comunidad cristiana, el recuerdo viviente, el memorial, de la donación total que Jesucristo nos ha hecho de sí mismo a favor de toda la humanidad. Por eso el clamor que sale de esta sangre derramada en la cruz no es una llamada a la venganza, sino una invitación al perdón, a la unidad, a trabajar a la luz del Evangelio. Esta *sangre* derramada es, por tanto, un programa de vida para nosotros en medio de la sociedad. Nos enseña cómo debemos dar y comprometernos en favor de los demás, en respuesta al compromiso de la Trinidad Santa a favor de toda la humanidad.

Todos participamos del mismo *cuerpo* y de la misma *sangre* de Cristo. Pero legítimamente tenemos diversidad de sensibilidades eclesiales, de vivencias espirituales, de situaciones personales, de opiniones políticas. El bautismo que hemos recibido y la participación del sacramento de la Eucaristía, sin embargo, piden que la pluralidad no comporte división, sino una aceptación respetuosa y llena de amor de quienes compartimos la misma fe pero que, en las cosas opinables, tenemos una visión diferente. La solemnidad del Corpus nos enseña a vivir la unidad en la diversidad y nos mueve a la concordia, a ser instrumentos de paz, de reconciliación y de colaboración activa en el momento presente de nuestra sociedad; nos mueve a no permanecer indiferentes ante el hecho -denunciado por Cáritas- que en nuestro país una tercera parte de la población se ha quedado al margen de la recuperación económica, haciendo que la precariedad sea el distintivo de su estilo de vida. Comulgar con *la sangre de la alianza* que Jesucristo nos ha ofrecido con tanto amor nos urge a no permanecer indiferentes.